

Juan 20:19-23

Aquella larga noche

Por PP. Ary Fernández Albán

En realidad, no había pasado mucho tiempo; sólo unas horas desde que la muerte y el sepulcro pusieran fin a todos los sueños. Unas pocas horas que, por la angustia y el miedo, se habían convertido en una larga noche de desesperanza y desconsuelo. Todos allí reunidos; al menos, los que pudieron. No hay palabras, no hay lamentos; solo silencio. Y una espera prolongada que carcome los huesos.

Hasta ellos han llegado rumores de que han visto de nuevo al Maestro. Dicen que a la Magdalena se le apareció en el huerto. Que era él mismo, aunque distinto, y que con voz de viento la llamó por su nombre, como sólo él solía hacerlo. ¡Pero quién va creer ahora en esos cuentos! Aquí están todos encerrados esperando por lo incierto; a que pase la tormenta y se aclare el firmamento.

Pero de pronto irrumpe en medio de ellos, como un portento, la presencia de aquel que no se quedó quieto en el tiempo. ¡Y la paz de Dios vuelve a inundar el aposento! ¡No hay espacio para el miedo si el Señor está aquí adentro! Aunque muy pronto descubren cuando hacen el recuento, que el Maestro les espera afuera, de nuevo,... en el huerto. A seguir proclamando que el amor y la vida no han muerto. Y su Espíritu les anima, les da fuerza y aliento. Que Dios nos quiere plenos de confianza y de deseos de seguir cooperando para que venga su Reino... Que ya llegará el tiempo de volver a juntarnos y abrazarnos en el templo. Ahora sólo nos pide que nos cuidemos y oremos, para que su voluntad se cumpla aquí abajo tal como se hace en el cielo.